

MIS CHICAS



25
CTS

Confección y Talleres
SAN SEBASTIÁN

Año II • 20 de Julio de 1942 • N.º 59

CON CENSURA ECLESIASTICA, PARA NIÑAS MAYORES DE 7 AÑOS

Redacción y Administración
Flor Baja, 5 - MADRID
Teléfono N.º 23773

211-6 384



ayuntamiento de Madrid

Cinco Lobitos

RESUMEN DE LO PUBLICADO

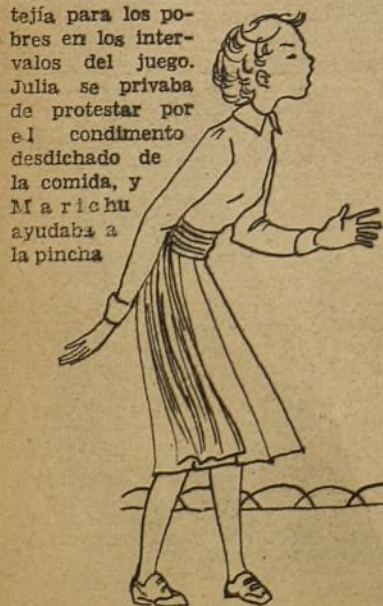
Sigue la vida en el pensionado con las alternativas de lecciones, labores, exámenes trimestrales, y alguna que otra distracción en el cumplimiento de los deberes. Las cinco amigas, sienten pasar los días llenos de sensaciones nuevas soñando con las vacaciones definitivas.

(CONTINUACION.)

Pasaron los exámenes y sus horas fatigosas en las que los "cinco lobitos" manifestaron su mayor o menor incompetencia.

Las más inteligentes triunfaban de las asignaturas que exigían el esfuerzo de comprensión y se daba el caso de que las más traviesas lo hacían casi con brillantez, demostrando la agilidad de sus pensamientos en el momento del apuro; y las más formales y estudiosas, luciendo lo sólido de su instrucción, en aquellas lecciones más difíciles. Resultando que ninguna salió mal del todo en aquellas notas parciales, que eran la base de una prueba encaminada al final de curso. Como consecuencia de todos los apuros, se notaba en las chicas el resultado de las promesas que hicieron para conseguir la ayuda divina, y así Marilén, cuando rezaba el rosario por las tardes y desfilaban hacia el recreo, se quedaba arrodillada y sola a desgarrar las cuentas en repetición de la devoción mariana.

Su hermana Cuca tejía para los pobres en los intervalos del juego. Julia se privaba de protestar por el condimento desdichado de la comida, y Marichu ayudaba a la píncha



(habiendo pedido permiso para la inusitada tarea, a la directora), a pelar patatas en la cocina, estropeando sus lindísimas manecitas de las que estaba tan orgullosa.

Cristina, burlando la vigilancia de la profesora, salía de la suave tibia de la cama, y dormía sobre la alfombra... estornudando de día tantas veces, que sobre su pupitre habían puesto las compañeras un letrero que decía:

—¡Jesús, María y José! Vale por 754 veces.

Y firmaban los cuatro lobitos con su mejor letra.

—Menos mal que no te quedan más que cuatro noches—consolaba Marilén.

—Es que fué una idiotez ofrecer eso—censuró Cuca.

—Cada cual ofrece lo que más le duele, y a mí el comer no me importa, y como sé tejer y mirar al mismo tiempo, puedo leer algún libro; total, no resulta tan tremendo como parece.

—No riáis, y sobre todo no alcéis la voz, que os van a oír. Se ofrece lo que se quiere, por acertar—dijo Julia.

—Tú como eres tan rezadora—dijo una dirigiéndose a Marilén.

—Soy rezadora porque tengo mucho que agradecer a Dios y... mucho que pedirle. Y no es que me guste estar de rodillas; que...

Y se levantó la falda enseñando las suyas amoratadas.

—Pues eso no te lo consentirían si lo supieran. A lo peor, de ese bulto que te salió encima de la rótula te viene algo malo, y yo... se lo diré a la señorita Laura en cuanto la vea.

—Tú te callarás porque esto les sale a todas las monjas cuando están mucho de rodillas al principio, y no les pasa nada.

—¡De eso no se sabe ni palabra!—siguió terca.

—Se sabe ¡todo!, y además que sólo me faltan diez rosarios, y como soy mayor que tú, te callas ahora mismito, porque sé muy bien lo que hago.

—Porque eres una soberbia, y tienes dos años más, te crees con derecho a hacer tonterías. Mejor hubiera sido...

Las pupilas brillantes de Cuca, y los colores que le salieron, unido a su melena corta y siempre alborotada, le daba un aspecto de fiera-cilla notabilísimo.

También la dulce Marilén había perdido su serenidad y se dirigía a su hermana menor con aire violento, pero el temblor que movía sus labios y un brillo húmedo en la mirada, daban a entender que más que rabia era pena lo que sentía.

María Luz, con su vocecilla suave y cariñosa, intervino:

—Si dejáis de reñir, os cuento... un cuento que acabo de recordar.

Desapareció como una nube la violencia de las hermanas, y dijeron las cuatro voces, olvidando la "pelotera":

—¡Venga, venga!

—Mirad fuera, no sea que venga la señorita, y le parezca una irreverencia... aunque si lo creyera yo, no lo contaría...

Hubo una vacilación en el grupo, pero Cuca, Cristi y Julia, más curiosas, le animaron a empezar.

Sólo Marilén, más escrupulosa, vaciló ante la advertencia, pero al fin se dejó vencer por el interés.

—Veréis. Cuando la huida a Egipto, ya sabéis que la Virgen, San José y el Niño sólo tenían un borriquillo pequeño, pequeño, que no podía con los tres, por lo que San José le dijo a la Virgen:



(Continúa en la pág. 10.)

El Príncipe sentía gran compasión del viejo ciego y pedía una y otra vez al Rey que lo dejase marchar libremente, pues nada malo había hecho.

Pero el Rey, cuanto más le imploraban, se ponía más enfurecido. Y decía a su hijo:

—Ya ves cómo desde que tengo en la cárcel a ese mendigo, no ha vuelto a aparecer la abeja. Ese viejo era un brujo. ¿Y sabes lo que estoy pensando? Que lo mejor será mandar que

Y el joven Príncipe, como conocía el mal genio que su padre solía gastar, tenía que estarse calladito, sin poder contradecirle.

Un día estaba el joven asomado a una ventana del Palacio, pensando en el pobre mendigo encarcelado, cuando vio aparecer junto a él a la abeja de color de oro zumbando con su ruidito de siempre.

—Bú-uuú-uuú-uuú...

Y volaba, volaba, alrededor de la cabeza del Príncipe.

—¡Ay, abejita!—dijo éste—. ¡Mi padre el Rey va a mandar que ahorquen a tu amigo el ciegucecito! ¿Es posible que no haya remedio? Entonces la abejita, dejando de zumbear, le dijo al oído con fina vozecita:

—No te preocupes, que ya lo arreglaremos.
El Príncipe se sorprendió muchísimo al oír hablar a la abeja.

Sin embargo, le preguntó:

—¿Qué puedes tú hacer?

Y la abejita le respondió:

—Esta noche, a las doce, estarás tú escondido a la puerta de la cárcel. Ya verás si podemos salvar al ciegucecito.

Y luego, con su zumbidito otra vez, se marchó por la ventana hacia el jardín.

A la noche, sin decir palabra a nadie, el Príncipe estaba oculto en el quicio de una puerta, junto a la cárcel; ésta estaba cerrada herméticamente, y dentro no se oía ni una mosca.


A las doce en punto el Príncipe oyó un zumbido, como el de su amiga la abeja, pero más fuerte. Y a poco vió que a través del ojo de la cerradura iban entrando abejitas por la puerta de la cárcel.

Después se oyó dentro de la cárcel un ruido cada vez más fuerte como si todas las abejas zumbaran a la vez. Luego se oyeron unos gritos terribles de alguien que pedía misericordia. Y al punto se abrió de par en par la puerta, y el carcelero, que era un hombre gordo y coloradote, salió por ella corriendo como alma que lleva el diablo. Tras él, intentando picarle y haciendo un ruido infernal, iban en tromba todas las abejas.

Al saltar, se le cayó al suelo un manojito de gruesas llaves. Pero iba tan despavorido que ni por asomo se le ocurrió detenerse a recogerlas.

Entonces el Príncipe se apresuró a coger las llaves. Entró en la cárcel, abrió la celda del ciegocecito, y se lo llevó consigo. Decidido a salvarlo, le condujo a través de callejas oscuras y desiertas, a la casa de una buena mujer que había sido su ama y le quería mucho. Dejó allí al ciego y regresó al Palacio. Los centinelas le vieron entrar, y le hicieron el saludo, muy respetuosos. Y como al Príncipe le querían mucho todos cuantos le conocían, porque tenía fama de bondadoso y espléndido, ni siquiera se le ocurrió pensar de dónde vendría el joven a aquellas horas. Al día siguiente, a la hora de la comida, cuando el Príncipe marchaba por el largo pasillo de mármol que conducía hasta el comedor del Palacio, iba oyendo las voces airadas y terribles que profería su padre el Rey.

—¡Miserable!—decía el irritado Omán—. ¡Bandido! ¡Haragán! ¿Qué modo es ese de custodiar a los presos? ¡Ese carcelero es un idiota! ¡Que lo ahorquen inmediatamente!



Mientras tanto Omán seguía vociferando:

—¿Pues qué desbarajuste va a ser éste? ¡Tengo encerrado en la prisión a un brujo, y ese carcelero deja la puerta abierta, pierde las llaves, y ahora no sabe nada de nada! ¡Ya le arreglarán las cuentas! Lo dicho. ¡A la horca con él, que bien merecida se la tiene!

El Príncipe, oyendo aquellas voces, tenía el corazón encogido. ¿Por qué tendría su padre tan mal genio? Señor, ¿no habría manera de convencerle de que no había que ser tan severo con la gente?

Y entonces ocurrió lo mejor: Por una de las ventanas que daban al jardín entraron en bandada todas las abejas que el Príncipe había visto la noche anterior. Ahora venían también en tromba, zumbando más fuerte que nunca: ¡Buuúu-buuuúu-buuuuuúu!...

Sin detenerse a revolotear, se fueron derechas a la cabeza del Rey Omán, que no sabía cómo espantarlas y quitarse de encima aquel enjambre amenazador. Agitaba los brazos, sacudía la servilleta, pero todo era inútil. Las abejas zumbaban en torno a su cara, parecían querer meterse por sus oídos, le obligaban a cerrar los ojos, casi le estaban volviendo loco.

—¿Que guerrán estas endemoniadas?—vociferaba el Rey—. Les daría mi Corona con tal de que me dejasen tranquilo.

Apenas dijo estas palabras, cesó el zumbido de las abejas, que desaparecieron como por encanto. Y todos quedaron boquiabiertos al contemplar una sorprendente aparición: ante el Rey estaba una joven de resplandeciente vestidura y belleza maravillosa. Su pelo dorado formaba una corona sobre su cabeza, y en su frente brillaba una estrella deslumbrante. Vestía un manto precioso, blanco como la nieve, y todo él adornado de abejas de oro.

—Rey Omán, yo soy el Hada Dulzura —dijo la joven—. Ya te han dejado tranquilo mis abejiitas, y ahora debes cumplir la promesa que acabas de hacer.

(Concluye en la pág. 10.)



Aventuras, desventuras y travesuras *de Maita, Pitusa* *y Cominin*



COMININ entró de la mano de su hermanita Pitusa en el cuarto de Nicanora y la dijo: «¿Qué haces ahí poniéndote esa cosa pringosa en la cabeza? Tienes que venir a poner el tapete en la mesa y también el jarrón de porcelana porque va a venir una visita». «Ya voy, ya voy». Inmediatamente se puso las horqui-

llas, se quitó el delantal y más que a escape acudió a poner todas las cosas ordenadamente.

Mamá en el cuarto de baño peinaba a Pitusa y lavaba a Cominin las manitas. De pronto, mientras él se las iba secando, ella empezó a mirar a Maita llena de inquietud. «¿Se puede saber de qué te estás riendo? Supongo que no harás ninguna fechoría, porque doña Dolores es una persona muy seria y sensata y no le hacen ninguna gracia las niñas revoltosas». «¿Tiene gafas doña Lolores?», preguntó Pitusa. «No se las pone más que para leer, pero lo que importa es que seáis buenos y formalitos». Cominin se puso la mar de



serio para obedecer a su mamá; en cambio su hermana mayor, sin poderlo evitar, se reía como una bobalicona en cuanto alguien la miraba. «¿Cuándo vendrá la

señora aburrída?» — empezó a preguntar llena de curiosidad. «¿Es aburrída?» — quiso saber Comino. «Claro, si no le hacen gracia las travesuras es que no es divertida. Yo no quiero que venga...» «¡Tonta! Si merendaremos pasteles que mamá ha mandado traer a Nicanora». Cuando sonó el timbre de la puerta y la muchacha salió a abrir, los dos pequeños se empezaron a poner en plan de visita. Es decir, muy serietos. La señora,

que vestía de negro y tenía los ojos azules muy pequeños, se puso a charlar con mamá de cosas feas y aburrídas. Margarita, que estaba a su lado, no dejaba de mirarla ni un solo momento y de repente dijo al oído de Cominin: «Oye, mira, cuando habla le sale de la boca un chorrito de salivilla». «Porque como es viejecita le faltan los dientes», contestó el niño sentenciosamente.

Después de tomar los pasteles, doña Dolores empezó a contar a los pequeños el martirio de San Lorenzo. «Los verdaderos cristianos» — decía sonriendo — «sufren por amor a Nuestro Señor todos los tormentos imaginables, pero no con la cara triste, sino por el contrario, siempre alegre y sonriente, para no entristecer a los demás. En eso estriba el mérito. No en sufrir, sino en sufrir con alegría. San Lorenzo gritaba mientras sus tiranos le achicharraban en una gran parrilla: «Volvedme del otro lado que de éste ya estoy asado.»

Margarita, que se iba apartando poco a poco de doña Dolores como con miedo, al oír esto no pudo contener ya su admiración y su deseo de ser valiente y sufrir sonriendo y alegre y acercándose mucho a la viejecita, exclamó ante el asombro de su madre: «Volvedme del otro lado, porque éste ya está mojado».

Menos mal que doña Dolores estaba un poco sorda y no la oyó. Pero no por eso dejó de obrar mal Margarita, porque si ella sufrió con paciencia el que su interlocutora la llenase la cara de salivilla, su deber era estar quietecita aguantándolo, pero sin decir nada. Así, pues, aquel sacrificio resultó inútil.



LA ILIADA

(Continuación). Héctor despachó dos heraldos a la ciudad de Troya para que le llevaran las víctimas y avisaran al rey Priamo. Agamenón, por su parte, mandó a Taltibio que se llegara a las naves para coger un cordero para el sacrificio. Mientras Menelao y Paris se disponían para el singular combate, Helena, causa de la contienda entre griegos y troyanos, estaba en el palacio tejiendo una gran tela de púrpura.

Acercóse a ella Laodice, la más hermosa de las hijas del rey Priamo, y le dijo:

— Ven para que presencies los hechos admirables de los griegos y de los troyanos. La batalla se ha suspendido. Los soldados se han sentado en el suelo, reclinados sobre sus escudos y con las picas clavadas en tierra. Paris y Menelao lucharán por ti con ingentes lanzas.

Salió Helena de su habitación cubierta con un velo blanco y derramando tiernas lágrimas. Acompañada de sus dos doncellas, Etra y Climene, llegó a la puerta Esceas. Allí estaba el viejo rey Priamo acompañado

de ancianos del pueblo, los cuales por su edad ya no peleaban, pero arengaban a los combatientes durante la pelea.

Priamo llamó a Helena y le dijo:

— Ven acá, hija querida, y siéntate a mi lado. Dime cómo se llama aquel fuerte y gallardo soldado tan hermoso y arrogante que parece un rey.

— Ese es el poderosísimo Atreida Agamenón — respondió Helena — mi cuñado.

— Dime también — prosiguió el anciano — cómo se llama aquel de menor estatura pero más ancho de espaldas.

— Aquel es el ingenioso Ulises — contestó Helena — tan hábil en urdir engaños de todas clases como en dar prudentes consejos.

— ¿Y aquel otro que descuellos por su cabeza y sus espaldas? — preguntó el anciano rey.

— Ese es el gran Ajax. Al otro lado está Idomeneo. Desde aquí distingo a todos los caudillos griegos, pero no veo a Cástor y Pólux, mis hermanos.

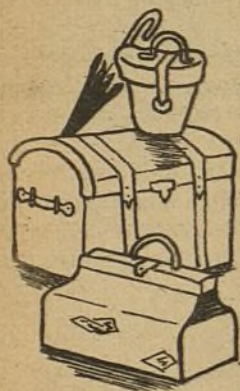
Entretanto, los heraldos llevaban ya las víctimas para los juramentos, dos corderos y el vino encerrado en un odre de piel de cabra. El heraldo Ideo llevaba además una reluciente cratera y copas de oro.





La Pavia del Huerto

Otra historia de Gloriña



La tía Laura, vieja amiga de mamá, nos vino a buscar. Tenía mal genio y gruñía por todo; pero nos quería, y habló con nuestros padres a fin de que pasásemos con ella una temporada.

—Niñas, la tía Laura quiere llevaros, pero me tenéis que prometer...

—Sí, mamá; seremos muy buenas—le interrumpimos.

Ir a pasar unos días con la tía Laura, era algo que ambas deseábamos ardientemente. ¡Aquella huerta tan llena de fruta! ¡Aquellas cerezas! ¡Aquellos higos! Todo nos atraía, y tanta alegría demostramos, tan contentas estábamos, que mamá se asustó, pues en tales ocasiones solíamos hacer las mayores travesuras.

—Que seáis buenas—nos dijo por última vez al despedirnos. Y ya en el coche:

—Marisa, ten cuidado de tu hermanita que es muy traviesa. Acomodada en el asiento comencé, según mi costumbre, a hacer preguntas.

—Díme, dime—decía yo a la tía—, ¿tienes aún, aquel perro tan feo?

—Tengo, sí, pero no sé dónde encuentras tú que sea feo.

—Pues en que tiene las patas torcidas y es medio tuerto—respondí llena de razón.

A la tía no pareció agradarle este arranque de franqueza mía y me miró muy seria. Mi hermana me atizó un soberbio pisotón por debajo del asiento.

—¡Ay, qué brutal!—protesté—. ¡Vaya pisotón que me has dado! ¡Ya podías mirar dónde pisas!

Marisa se puso muy encarnada y de pronto se echó a reír. Yo creí que la tía se reiría también, pero se enfadó, y nos dijo que éramos muy tontas.

Llegamos por fin a su casa, y durante varios días no hicimos otra cosa que comer fruta; pero ¡ay! que en uno de los árboles del huerto, se balanceaba orgullosa una espléndida pavia, que nadie podía tocar. Era la primera que daba aquel árbol, y debería caer por sí sola, para que las demás saliesen mejores.

Siempre ha sido mi debilidad esta clase de frutas, y cada vez que la veía tan grande y amarillita, se me hacía la boca agua. ¿Y si la cogiese sin que mi tía lo supiera?

Cierto día, el diablo me tentó más fuerte, y tomando mi pelota, se la presenté a mi hermana que pintaba a la acuarela.

—¿Serías tú capaz de pintarme la pelota igualito, igualito que aquella pavia del árbol?

—¡Claro que sí!

—Pues pintala, anda—supliqué.

Después con la pelota en mis manos, trepé al árbol, y quitando la pavia, la comí y puse en su lugar la pelota recién pintada, para lo cual la había agujereado convenientemente.

—Sí, sí y sí—decía la tía Laura a las vecinas—. Les aseguro a ustedes que la pavia está en el árbol y que no ha caído.

—Pero señora, ¡por Dios!; si nos está usted diciendo lo mismo hace quince días.

—Y con el aire que hace—añadía otra.

—¡Vamos, doña Laura!—dijo una de ellas, en tono burlón—. Que yo creo que la tía quiere reírse de nosotras. ¿O es que tiene usted

los ojos malos, y confunde lo que ve?

Mi tía se enfadó. ¡Tener ella los ojos malos! ¡Ella, que distinguía un mosquito en la torre de la iglesia! Las que tenían los ojos malos eran aquellas señoras, que no distinguían un burro a cuatro pasos.

—Nada—prosiguió—; para que no crean ustedes que yo las engaño, pasen al huerto y cogeremos la pavia. Así podrán contemplarla en sus propias manos.

Ya habían entrado todas, y mi tía llevaba una sábana que sostenían entre cuatro, para que la fruta cayese en ella, mientras las demás sacudían el árbol vigorosamente.

No quise ver más, y buscando un refugio con la vista me escondí entre unos trigos, a tiempo que caía la pelota en la sábana.

—Ya está—dijo la tía triunfante—. Y de pronto: —¡Virgen Santa! ¡La pelota de Gloria! Las vecinas

estallaron en una explosión de risa.

—Ya me parecía a mí, que en esto había gato encerrado—dijo una. Yo me quedé un poco sorprendida. ¡No sé qué tendrían que ver los gatos con aquello! Y luego otra añadía también, riendo: —¡Ay, doña Laura, que le han metido a usted gato por liebre!

¡Y vuelta con lo mismo! Pero, ¡señor!; ¡si aquello era una pelota y nada más que eso! ¡Qué manía de llamarle gato!

De pronto, a mi tía debió ocurrírsele una idea porque echó a correr seguida de todas aquellas señoras. Muy despacito abandoné mi escondite; vi que entraban en casa y logré ponerme junto a la ventana para oír lo que decían: —Te has comido la pavia; no me lo niegues—decía la tía a mi hermana. —¿Yo?—respondió asombrada. —¡Claro! Pues ¿quién iba a pintar esto? Y le enseñaba la pelota. Pero ya no le llamaba “pelota”. Seguramente la habían convencido de que era un gato.

—Gloria no sabe pintar—continuaba la tía Laura—; así que tuviste que ser tú. ¡Cómo! ¿Le echaban la culpa a mi hermana? No, eso no podía consentirlo. Con ánimo resuelto empujé la puerta: —Tía—dije—. Castígueme a mí. He sido yo la que me comí la pavia y puse esa pelota. Y rápidamente me apoderé de ella.

—Pero es eso: pelota, pelota—afirmé convencida—. ¿No lo ve usted? Mi tía que estaba pasmada estalló en furia: —¡Claro que lo veo! ¡Claro que lo veo!—dijo gritando, como si yo me hubiera vuelto sorda en aquel momento. —¡Sinvergüenza! ¡Ladrona! Y aún tienes la osadía de decírmelo!

—Es que como decían que era gato—. Mi tía me miró extrañada. —¿Me quieres tomar el pelo?—gritó muy sofocada—. Entonces le dije amablemente que la oía muy bien y que no tenía necesidad de esforzar tanto la voz y chillar de aquella manera, pero se enfadó más y cogiéndome de un brazo me encerró en la bodega: —¡Habrás visto “gatita” semejante!—murmuraba.

—¡Ah!—me dije tristemente, cuando me encontré dentro—. Ahora ya comprendo quién era el gato encerrado. ¡Era yo!

—Ah!—me dije tristemente, cuando me encontré dentro—. Ahora ya comprendo quién era el gato encerrado. ¡Era yo!



¡Cómo le gusta el agua a MARILÓ! ¡y con el calorcito que hace!

Necesita un traje de baño porque su mamá va a enseñarle a nadar y tiene una ilusión grandísima.

Heimos encontrado un trocito de punto de un sombrero que ya no sirve, y vamos a poner manos a la obra.

Cortaremos el delantero y la espalda y haremos las dos costuras A B, uniendo A con A y B con B; luego las costuras de los hombros E F y después la costura G a G cogiendo el delantero y la espalda y tendremos formado el pantalón. La falda va suelta. Se cortan el delantero y la espalda, y la cintura de delante y la de detrás. Para cortar estas cinturas se dobla la tela en cuatro, primero por una de las líneas de rayas y luego por la otra. Se hacen las costuras C D dejándolas abiertas desde D hasta la cintura; se colocan las cinturas dobles metiendo la falda entre las dos telas de la cintura y se cose con un pespunte como se vé en la figura 2. El borde de la falda y todos los bordes del maillot se rematan con un punto de ojal como se vé en la figura 1.

Se borda la inicial con un simple pespunte o un punto de cordoncillo.

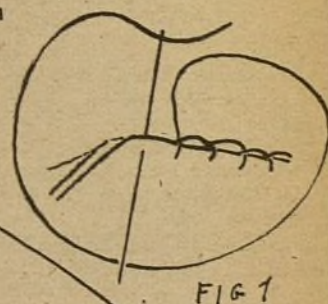


FIG 1



PARA LA MARILÓ
CHIQUITA

CINTURA
DE
DETRÁS

PARA LA
MARILÓ
CHIQUITA

FALDA

DELANTERO Y ESPALDA

PARA
LA
MARILÓ
CHIQUITA

FIG 2

CINTURA
F
DELANTE

PARA
LA
MARILÓ
CHIQUITA



ANDANZAS de TOMASITA



(CONTINUACIÓN)
...Pensando en el opíparo banquete que le esperaba, dijo a Susana: - «Si quieres puedes dar también de cenar a estos bi-



charracos». - Gonzalin empezó a mirar con mucha atención debajo de la cama, - «¿Qué haces, mi niño? Qué es lo que buscas?» - «Nada, es que quiero ver ese bicho que puede cenar también.» - «No



guapín mío, no hay ninguno en esta casa. Nos lo ha llamado a nosotros.» - «¡Qué hombre más malo! El sí que es un bicharraco. Mira, fijate, en lugar de un plato le sirven una fuente de carne y de cada



vez se come medio kilo.» - Como todas las noches, se subió Mauro a dormir al desván, bajó a la cueva Piola y Susana y los niños se fueron cada cual a dormir a su alcoba. Tomasa y Gonzalin en una



cama grande muy alta y Susana en otra más pequeña de hierro negro con bolitas y barrotes muy doraditos, - ¡Qué miedo! No hacía ni media hora que dormían cuando... ¡Miauuu!! ¡Auuu!! ¡Auuu!!



- El efecto que aquellos lamentos produjeron en el ánimo de los pobres chiquillos no se puede decir con palabras. Tomasa con las trenzas tiesas y los ojos redondos de susto, se sentó en la cama rápida como



un relámpago. Gonzalin, abrazado a ella, no se atrevía ni a respirar. Por el largo y oscuro pasillo se deslizó una sombra. Era la negra que se arrastraba por el suelo. Nada más que los dientes blanquísimos se



veían en medio de la espantosa oscuridad. Luego un hombre con un enorme cuchillo pasó rápido camino de la cocina... Después nada... Silencio. Miedo y oscuridad. Por las rendijas del balcón se filtraban



los azulados rayos de la luna. Pero ni Tomasita ni su niño podían verlos, porque se habían tapado la cabeza con el blanco y bordado embozo de la sabana a fin de



no seguir oyendo aquellos lamentos tristes y prolongados capaces de infundir pavor en el ánimo de cualquiera. A pesar de todo, aún llegaba hasta ellos el canto de



las ranas, el cri cri de los grillos y cascada, débil y perezosa la lejana voz del sereno que con el chuzo en la mano y el capote calado de brillantes gotitas de



agua, paseaba las calles repitiendo monótono su eterna cantinela: - «¡Las doce en punto y lloviendo!»

(CONTINUARA)

CINCO LOBITOS

(Viene de la pág. 2.)

—“Súbete, María, con el Niño, yo gularé.”

Pasaron por un pueblecito y la gente miraba y decía:

—“Mira, mira, una mujer tan joven y tan fuerte, y además con el Niño... ¡y el viejo a pie!”

Se bajó entonces la Virgen y rogó a su esposo que se subiera un rato para descansar, y al pasar por otro pueblo, oyeron que decían:

—“¡Está bonito esto! ¡La pobre mujer con el Niño en brazos y andando, y el comodón del hombre tan tranquilo en la burra!”

Se bajó el santo carpintero, no consiguiendo que la Virgen se subiera otra vez, pero por lo largo del camino, al fin decidieron montarse los tres.

Un poco más adelante, la gente criticó:

—“¡Pobre burro!”

Egipto se veía ya, y San José y la Virgen se apearon, acordando hacer el camino a pie para no cansar al pobre bicho.

En las primeras casas de Egipto oyeron comentar nuevamente:

—“¿Serán raras estas gentes? ¡La burra tan descansada y ellos... andando!”

Se hizo un silencio vergonzoso, y habló Cuca, impulsiva como siempre:

—Total... Que nos quieres decir que somos criticones, y que cada cual debe hacer lo que le parezca, ¿no?

Y la vocecilla de Marichu aseguró:

—¡Eso mismo, guapa!

(CONTINUARA.)

EL REY OMAN y la abeja dorada

(Viene de la pág. 3)

Pero yo no quiero para nada tu corona. Tan sólo deseo que sepas llevarla como un buen Rey.

Omán, maravillado, pidió al Hada que le aclarase sus palabras, pues él creía no había otro Rey mejor que él. Y el Hada le respondió:

—No eres malo, pero has olvidado que no todos tus vasallos viven felices. Algunos son muy pobres, y otros, como aquel ciegucecito que mandaste ahorcar, no tienen consuelo en su desgracia. Es necesario que piensen en ellos. Por eso he querido yo darte esta lección.

El Rey Omán aseguró al Hada que no la olvidaría nunca; y ella se despidió del Rey y del Príncipe, y desapareció. En el acto mando Omán poner en libertad al carcelero, y luego, cuando el Príncipe le contó la aventura de la noche anterior, le rogó que trajese ante él al pobre ciego. Así lo hizo el joven Príncipe, y el Rey colmó al anciano de regalos; y dispuso que uno de sus Palacios fuera dedicado a vivienda de todos los ciegos pobres de la ciudad. Los cuales ya nunca tuvieron que mendigar, y bendecían al generoso Omán. Desde entonces, el Príncipe y el Rey visitaban con frecuencia todos los barrios de la capital, y por todas partes se elevaban en honor suyo clamorosas alabanzas. El Hada Dulzura había dado una provechosa lección al Rey Omán, y ni éste ni el Príncipe la olvidaron nunca. Vivieron en adelante ambos haciendo bien, y rodeados del amor de todos sus vasallos. — ALBERTO LOMAS.



Aprendamos divertidos

Queridas chicas: Vamos a meternos hoy con los muebles de la cocinita, ¿eh? Empezaremos por el fogón, que es lo principal en cualquier cocina. Ahí le tenéis en el dibujo número 1.

No hay más que pasarlo a un trozo de cartulina. Cuidado con dibujar y recortar muy bien las arandelas que tapan el hogar, y un hueco debajo de éste, para el tiro.

Podéis cubrir este hueco por detrás con un pedacito de papel transpa-

rente rojo, para que parezca que está encendida la lumbre. También recortaréis la puerta del horno por tres lados, dejando uno para que doble al abrirlo; y una ranurita debajo del depósito de agua caliente, donde meteréis, engomándolo por una puntita, el grifo, señalado aquí con “B”. (Pág. 14).

El rectángulo marcado “A” (Pág. 14), es el tubo que hace falta para el tiro de la cocina.

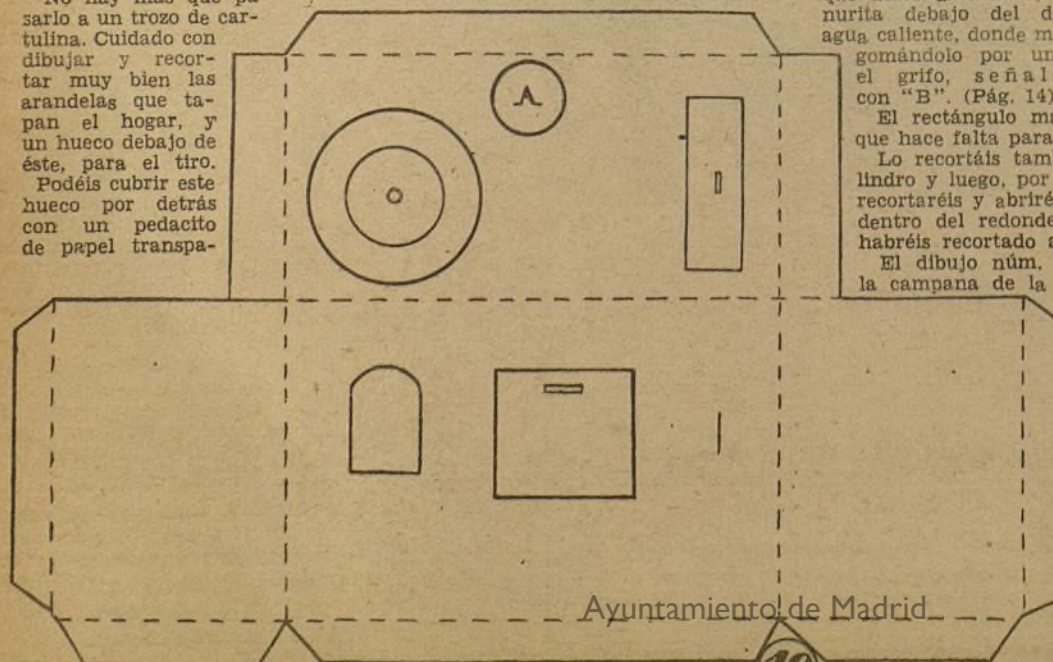
Lo recortáis también, lo enrolláis formando un cilindro y luego, por el borde señalado con rayitas, que recortaréis y abríreis en forma de abanico, se engoma dentro del redondelito marcado también “A” y que habréis recortado antes.

El dibujo núm. 2—que veréis en la pág. 14—, es la campana de la cocina.

Después de recortada por las líneas llenas y doblada por la de puntos, engomáis la parte de abajo, la más ancha (tira núm. 3), que formará un volado todo alrededor para colocar platos, cacharros, etc.

Una vez armado todo, pintáis la campana de blanco y le ponéis un volantito muy chico al volado.

(Continúa en la pág. 14.)



Ayuntamiento de Madrid

Decíamos el último día que el propósito de enmienda tiene que ser eficaz, esto es, que debemos estar dispuestas no sólo a no volver a pecar, sino además a huir de las ocasiones peligrosas. Vamos a ver qué son estas ocasiones peligrosas.

Para que lo comprendáis mejor, pondremos un ejemplo. San Pedro pecó una noche, negando a Jesús. ¿Os acordáis de cómo fué?

Jesús se hallaba ante el Sumo Sacerdote Caifás. El apóstol San Pedro había conseguido entrar en el atrio y estaba calentándose a la lumbre con algunos criados. Uno de ellos le dijo: "También tú estabas con Jesús Nazareno". Pedro, lleno de miedo, lo negó: "Ni le conozco siquiera", dijo levantándose de allí. Y entonces cantó el gallo por primera vez; pero luego volvió junto al fuego y los criados le preguntaron: "¿Acaso no eres tú de los discípulos de ese hombre?" Pedro respondió: "Dejadme en paz, ni le conozco siquiera". Y lo juró. Más tarde le volvieron a decir: "Verdaderamente tú eres uno de sus discípulos, pues se te conoce en el modo de hablar que también eres galileo". Pero él volvió a negar y a jurar que no le conocía. En aquel momento cantó el gallo por segunda vez, y el Señor se volvió y miró a Pedro. Entonces se acordó el Apóstol que Jesús le había dicho: "Antes que el gallo cante dos veces, me habrás negado tres". Y saliendo fuera, lloró amargamente. Y durante toda su vida lloró e hizo penitencia.

¿En que se conoció que tenía verdadero dolor y propósito? Pues en que no sólo lloró sus culpas, sino que salió fuera, y se apartó de aquellos que le habían hecho pecar.

Nunca más volvió a ofender al Señor.

Si cuando le negó por primera vez, no hubiera

El tesoro escondido



vuelto a juntarse con los criados, probablemente no le hubiera negado la segunda y la tercera. Pero volvió a donde estaban, se puso en peligro y por eso cayó en culpas tan graves. ¡Y eso siendo San Pedro! Fijáos si es difícil no pecar poniéndose en peligro. Nosotras que no somos tan buenas, cuánto cuidado hemos de tener. La tercera vez se arrepintió de veras, se retiró de allí y se apartó de aquella gente.

Ved lo que son las ocasiones de pecado: personas, o sitios, o cosas que nos suelen hacer pecar. Y recordad que el propósito ha de ser no sólo de no pecar, sino además de apartarse de las ocasiones; porque quien ama el peligro, en él perece.

Suponed que una niña sabe que siempre que va con cierta amiga, que no es buena, suele cometer algún pecado. ¿Qué propósito ha de tener? Pues además del de no pecar, el de no volver con esa mala amiga. ¿Y si tiene costumbre de charlar y reírse durante la Santa Misa, porque se pone junto a una revoltosa? Además del de estar con respeto en la casa de Dios, el de procurar colocarse en otro sitio. ¿Y si ha pecado por leer un libro poco decente? Pues el de no volver a leer ese libro ni ningún otro por el estilo.

Se que alguna dirá: "Sí, pero quién me va a decir lo que debo hacer para evitar todo esto?"

Pues muy sencillo: preguntad al confesor. El os advertirá dónde está el peligro; haced lo que os aconseje, emplead los remedios que él os diga.

No seáis vosotras como algunos enfermos que se mueren porque no quieren hacer lo que les manda el médico.

M. R.



Historias de insectos

PALOMAS Y ABEJAS

Doña Ruperta ha viajado mucho por toda España. Hace unos días me cantó una bonita cancioncilla, oída por ella no recuerdo en qué provincia. Os la voy a copiar aquí, a ver si sabéis de dónde es:

"Palomita, palomita, tú me sacaste del agua; por eso yo le piqué al hombre que te apuntaba."

Esta canción se refiere a la tradicional amistad que, según cuentan, existe entre las abejas y las palomas. Dicen que éstas, cuando van a beber a algún arroyo o estanque, si ven que alguna abeja ha caído al agua y está en peligro, vuelan hasta ella, rozando casi la superficie, y con su piquito sacan delicadamente a tierra al apurado insectillo



Después, ya podéis figuraros:

—Muchas gracias, señorita paloma—dirá la agradecida abeja—. Me gustaría poderle pagar a usted el haberme salvado la vida.

Y a veces la ocasión se presenta.

Si por el campo anda algún despiadado cazador, y las abejas le divisan, se ponen a vigilarle para observar si intenta disparar contra las palomas, que vuelan tranquilamente.

Y si adivinan en el hombre la más leve intención de hostilidad para las cariñosas aves, los insectos se lanzan decididos sobre él.

Y con sus aguijones, arma pequeña pero bien dolorosa, le hacen arrepentirse del momento en que se le ocurrió salir al campo con tan poco dulces intenciones.

Ayuntamiento de Madrid

EL TESORO DE ALI' BAJA

Los lectores de "CHICOS" que recuerden "La Confesión de Hildebrando" y su continuación en "La cautiva de Argel" y "La venganza de Dalmacio" publicados con anterioridad en este semanario infantil, conocerán en seguida a los personajes de esta nueva historia que lleva por título "El tesoro de Ali' Baja". Se trata de Godofredo, aquel muchacho de quince años, que abandonó la casa de su abuela, marchó en compañía de Pedro y Elena a Flandes para ayudar a los dos niños en la busca de sus respectivos padres don Pedro de Castro y don Alvaro de Montemayor. Terminada felizmente su misión, Godofredo regresa a Granada en compañía de don Pedro de Castro.



(CONTINUACIÓN)

«El muchacho está perdonado»—dijo la abuela—«con tal que me prometa...». «De eso quería hablaros»—interrumpió don Pedro—«Godofredo ya no es un chiquillo. Tiene diez y seis años y a su edad comienzan muchos el apren-



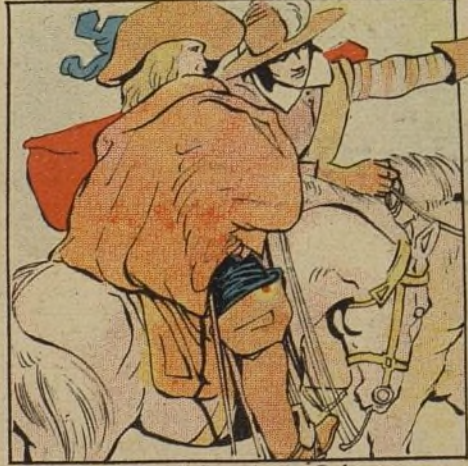
dizaje de las armas entrando como pajes de algún señor.» Protestó la anciana de que quisieran arrancarle nuevamente su nieto, pero don Pedro terminó por convencerla. «Dentro de unos meses, durante los cuales podréis disfrutar de su compañía, vendré a



buscar a Godofredo y lo llevaré conmigo a Flandes». Durante aquel tiempo, Godofredo vivió una vida cómoda y tranquila. Paseaba con su abuela por los bellos jardines granadinos, montaba a caballo y leía aventuras caballerescas que exaltaban su imaginación juvenil.



Comenzaba ya a aburrirse de aquella existencia fácil y sin emociones, cuando un buen día apareció don Pedro de Castro. Entre mares de lágrimas, despidió la abuela al nieto querido. Godofredo por su parte estaba loco de contento.



Apenas salieron de Granada, don Pedro expuso sus planes: «Para no atemorizar a vuestra abuela»—le dijo—«no he querido explicar nuestro viaje. Antes de ir a Flandes debemos pasar por Italia para llevar a cabo una importantísima misión.



—«Mejor que mejor»—aprobó Godofredo—«así visitaré nuevos países, porque los del Norte, después de mi pasada aventura, los tengo de sobra conocidos». Cabalgando durante varias jornadas, llegaron al puerto en que debían embarcarse.



Una enorme galera los condujo a Nápoles, donde don Pedro se dispuso a realizar ciertas gestiones. Ocupado como estaba en sus asuntos, abandonó a Godofredo a su albedrío. El muchacho se dedicó a refritolear por todas partes.



Contempló durante un buen rato la hermosa bahía con el Vesubio al fondo, coreteado por las calles en las que los cantantes callejeros hacían oír sus típicas napolitanas y allí donde veía una reunión de soldados o aventureros se introducía para escuchar sus relatos.



Así ocurrió que, cierta tarde, al anochecer, entró en un bodegón en el que un grupo de soldados españoles, entre jarro y jarro de buen vino de la tierra, referían sus hazañas guerreras, más o menos aumentadas y corregidas.

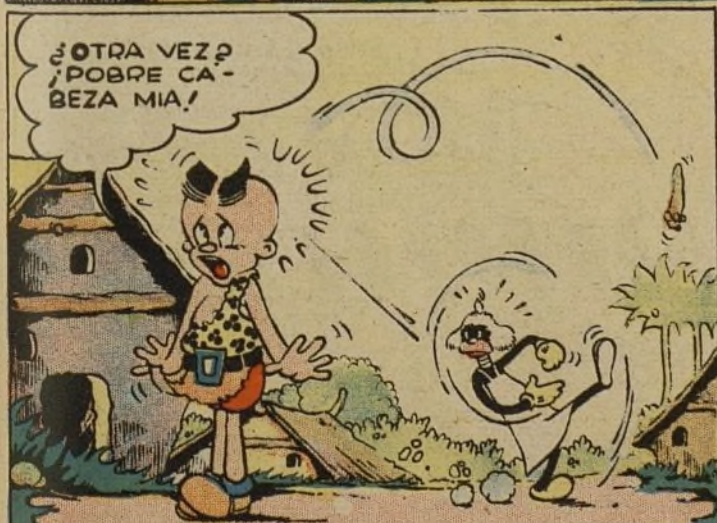
(CONTINUARÁ)

AVENTURAS de BARQUILLITO

(CONTINUACION)



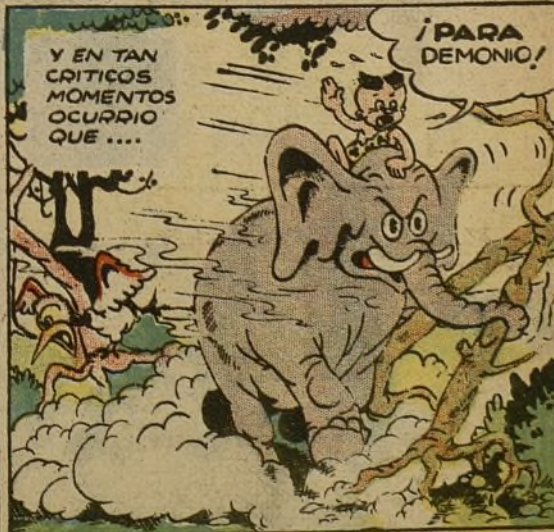
EL DISPARO DEL RIFLE HABIA HECHO HUIR A TODOS LOS HABITANTES DEL POBLADO, PERO AQUEL MIEDO QUE HABIA PASADO NO SE LO IBA A PERDONAR LA REINA DE LAS GUERRERAS AFRICANAS.



Y YA VENCIDO EL SUPUESTO DIOS DE LAS LLUVIAS, MORROS FINOS Y BUMBUM PREPARARON SU VENGANZA. Y CUANDO BARQUILLITO DESPERTO.....



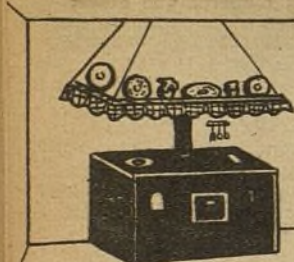
PRONTO DESCUBRIO BARQUILLITO QUE IBA ENCIMA EL LOMO DE UN ELEFANTE Y DE UN ANIMAL FURIOSO AL QUE LE DABA POR IMITAR A LOS TANQUES PESADOS DERribando TODO LO QUE SE LE PONIA POR DELANTE



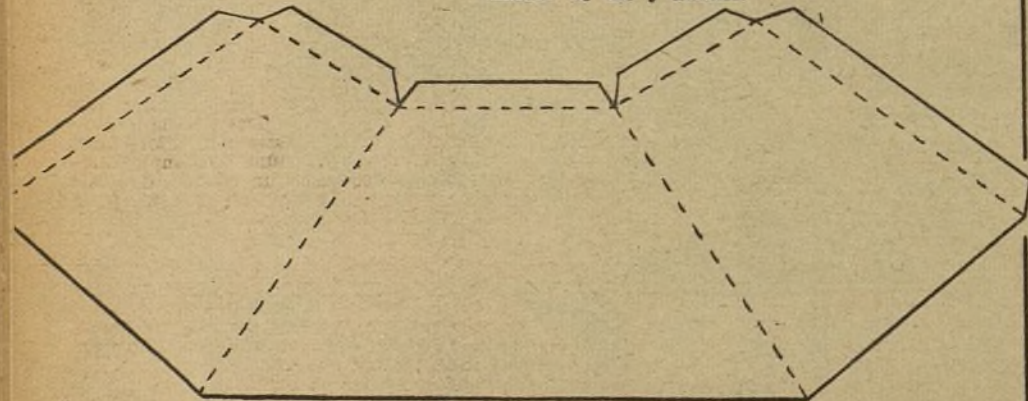
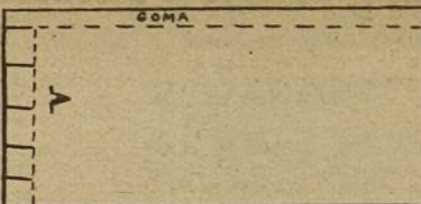
(CONTINUARA)

APRENDAMOS DIVIRTIÉNDONOS

(Viene de la pág. 10.)



El fogón puede ir de negro; con el grifo, la tapa del depósito de agua caliente y la agarradera del horno de purpura o amarillo clarito imitando dorado. Veréis qué bonito queda. Cuando terminemos los muebles, haremos los platitos, jarritas y demás cacharros de uso y adorno.



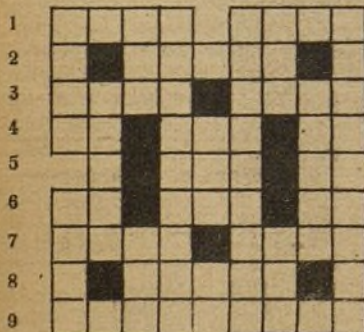
Nº 2

miscelánea

PARA LAS GRANDES

CRUCIGRAMA

1 2 3 4 5 6 7 8 9



HORIZONTALES.—1. Dos colores. 2. Tejido. 3. Al revés: sirve para guardar ropa. Juego de cartas. 4. Ficha del dominó, con un solo punto. Al revés: Se dice jugando al escondite. Al revés: nota. 5. Gavilla. 6. Al revés: nota. Plantigrado. Al revés: río italiano. 7. Hijo de Adán y Eva. Niña pequeña. 8. Al revés: Color. 9. Mueble. Batracio. **VERTICALES.**—1. Apetito desordenado. Al revés: Mono. 2. No está nueva, está ya gastada. 3. Al revés: de esta manera. Vocaletas. 4. Presume de sabia. 5. Igualdad de las cosas en su superficie. 6. Juguetones. 7. Al revés: Artículo. Nombre de la madre de Caín. 8. Palo a medio quemar. 9. Al revés: el mismo mueble de antes. Detengo.

JEROGLIFICO

Las de la torta de reyes van primero.

NOTAS

500E50

FLOR —a

bgftkpltrscnmf

JUEGO DE SILABAS

Con estas silabas:
CO BO RI LE TE LLE EN
NO TAM IN RO AL CA NI
GRO BO NO RIL CO
QUEL ZAR

formaréis las siguientes palabras: 1.ª, Aire musical popular español. 2.ª, Tiene dinero. 3.ª, Entero. 4.ª, Completo. 5.ª, Palacio real. 6.ª, Metal. 7.ª, Tambor pequeño que se usa en las danzas. 8.ª, Rencor.

Las iniciales de las palabras acertas las formarás en el nombre de una piedra preciosa.

En la contraportada de cada número de

"CHIKUITITO"

nuestro pequeño gran Suplemento

encontrareis cuatro estupendos cromos
Los mejores cromos de España!

Pronto aparecerán las **HOJAS**
en que deberéis fijarlos
para formar el maravilloso

ALBUM

de nuestra maravillosa

Enciclopedia Cultural

¡¡Más de MIL formidables PREMIOS
a los coleccionistas!!

Por falta de espacio, se suprime en este núm.
EL REINO DE LOS PAVOS

PARA LAS PEQUEÑAS

CRUCIGRAMITA

1 2 3 4 5 6 7 8 9



HORIZONTALES.—1. Cifra romana. Vocal. 2. Al revés: nota musical. Al revés: Nombre de letra. 3. Un pañuelo grande, atado, con ropa dentro. Al revés: artículo. 4. Los más preciosos de todos los insectos. 5. Poesía. Nombre de chica. 6. Interjección que no se emplea para las personas. Terminación verbal. 7. Dos vocales igualitas.

VERTICALES.—1. Hace las cosas muy despacito. 2. Lo que te venden sin que pagues en seguida. 3. Reza. 4. Cifra romana. 5. Consonante que se necesita para «poner» Pepe. 6. Cuarta vocal del alfabeto castellano. 7. Del verbo asar. 8. Diminuta. 9. La dirá a la maestra lo malas que han sido las otras niñas.

JEROGLIFICO

Guárdamelo donde nadie lo sepa.

TÍTULO DE NOBLEZA

M L —e
O

ADIVINANZA

Tenemos copas y no somos árboles,
tenemos alas y no somos aves,
y sin darte más detalles,
nuestro nombre ¿no lo sabes?

Las soluciones en el próximo número.

SOLUCIONES A LOS PASATIEMPOS DEL NUMERO ANTERIOR.—AL CRUCIGRAMA. **Horizontales:** 1. Era. Esa. 2. emeT. Sara. 3. Libélulas. 4. Era. Eva. 5. Jotas. 6. Usa. irO. 7. seramiliS. 8. osaR. Dato. 9. Ana. Ada. — **Verticales:** 1. Ele. Uso. 2. Emir. sesA. 3. Rebajarán. 4. Ate. Ara. 5. Letal. 6. esU. Ida. 7. salesimaD. 8. araV. Rita. 9. Asa. Aso. —AL JEROGLIFICO: Como llovido del cielo. —AL JUEGO DE SILABAS: Personaje. Nipis. inútil (PENSIL). —AL CRUCIGRAMITA. **Horizontales:** 1. Catón. 2. Alitas. 3. Be. R. I. 4. aM. Os. 5. Sansón. 6. No. Lo. **Verticales:** 1. Cabas. 2. Alemán. 3. Ti. No. 4. Otros. 5. Na. Sol. 6. Si. No. —AL JEROGLIFICO: Té o chocolate. —A LA ADIVINANZA: El pescado: MERO. El número: UNO.

CARMEN SAIBA LLORMEY (Valencia). — Me temo que acaso habré confundido los apellidos, pues tu letra es un poco confusa, Carmencita. ¿De verdad, de verdad estás enfadada conmigo? No lo puedo creer; será solamente un poquiritín enfurruñada. Pues para que se te pase te diré que no he recibido más que una carta tuya, que es a la que estoy contestando; las otras no han llegado a mi poder. Conque ya puedes, sobrinilla, desarrugar el ceño, y en vista de tu injusticia no te quedará más remedio que querirme un poquitito más todavía. Yo también te quiero mucho, Doña Enfadillos, y estaré encantada de recibir tus noticias. Muchos besos.

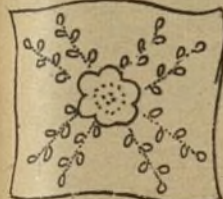


Fig. 1

MARI MENCI OVIEDO y MARI SOLE MONTES (Onteniente). — Cuando reanudemos nuestra sección de correspondencia publicaremos nuestro anuncio. Besos cariñosos.

CONCHITA IZQUIERDO (Aranjuez). — Encantada de tu entusiasmo por nuestra revista y muy agradecida a tus elogios. Sí, sobrinilla, si me gusta mucho daros gusto y complaceros siempre que puedo. ¿Qué te parece este jersey que te mando? (Fig. 2). ¿Verdad que es muy mono? Me alegrará que te guste. Mil cariños.



Fig. 2

FINA MARI y MARI ROSA DUCH (Tortosa). — Con un poquitito de retraso (perdóname, pero ya sabes las causas de mi tardanza) cumplo tus deseos, y te mando el peinado que me pides. (Fig. 3). ¿Te parece bien? Figúrate cuánto me alegrará que te guste. A tu primita Mari Rosa, dile que tenga un poco de paciencia (un poquito sólo), pues pronto saldrá para Mariló otro jersey, y podrá copiarlo. Tomasita y Gonzalín os mandan un beso, y yo otro con mucho cariño.



Fig. 3

MERCEDITAS FRANCOLI y VICEN (Barcelona). — Por lo visto, Merceditas, eres tan vergonzosa que has tenido que buscar la recomendación de tu amiguita Vicen para presentarte a mí; me parece muy bien, porque Vicen es una niña muy simpática y muy amable y ha cumplido muy bien su cometido, pero ya sabes que desde ahora figuras entre mis sobrinillas y puedes escribirme sin ninguna vergüenza siempre que lo necesites. Te mando el modelito de falda que me pides (Fig. 4), que me alegraré mucho sea de tu agrado. Vicen, no te mando el abrigo que quieres, porque, la verdad, en esta época hay más bien que mandarlos retirar; lo dejaremos para el próximo invierno, ¿no te parece? Escribeme, pues ya sabes



Fig. 4

Carta de la tía Catalina

que vuestras cartas me gustan mucho. ¿Conocéis a la nueva Mariló? ¡Es un encanto! Todos los personajillos de MIS CHICAS os mandan sus besos y yo unos abrazos llenitos de cariño.

LOLITA y MARGARITA LOPEZ (Gerona). — Me alegraré mucho que se os hayan olvidado todas las enfermedades y estéis las dos llenitas de salud y con unas ganas terribles de correr y saltar. Os recomiendo que para toda clase de juegos y diversiones, compréis nuestro suplemento "CHIQUITITO"; en él encontraréis unas cosas muy bonitas y que os harán pasar muy buenos ratos. Mil besos.

MONSERRAT AISCALA (Barcelona). — Con mucho gusto te recibo entre mis sobrinillas. Cumplo tu encargo y te mando un modelito de vestido (Fig. 5), y excuso decirte lo que me alegraré que te guste. Escribeme siempre que lo necesites y ten la seguridad de que me gustará mucho poderte ayudar en tus dudas. Abrazos cariñosos.



Fig. 5

SOLEDAD URIBE SAENZ (Barcelona). — ¿Te gustó el modelito de pijama de Mariló? ¿Verdad que era muy bonito? ¿No conoces a vuestra nueva hijita? Es una verdadera monería, con una cara de pícara como para comérsela. Muchos besos.

MERCEDITAS MOSQUETE (Salamanca). — No sabes lo que siento, Merceditas, que tantas cartas como me has escrito no hayan llegado a mis manos; menos mal que ¡al fin! llegó una, que es a la que contesto, para que no sigas pensando que Tía Catalina es una grandísima calamidad. ¿Verdad que no lo crees y que sabes que os quiero mucho? Con los brazos abiertos os recibo entre mis sobrinillas tanto a ti como a tus hermanitas Julita e Isabelina y ya sabéis que estaré muy contenta de recibir vuestras cartas. Un postre sencillísimo de hacer y muy



Fig. 6

rico de comer es el siguiente: bates tres o cuatro claras de huevo a punto de nieve, añadiéndole azúcar; rallas una onza de chocolate y lo mezclas al merengue, pones éste en un bonito plato, dándole la forma de un volcán, lo espolvoreas de chocolate y lo sirves. Seguramente no llegará a tiempo mi receta, pero le das la sorpresa a tu mamá otro día cualquiera y estoy segura de que se pondrá muy contenta. ¿Te gusta este peinado? (Fig. 6). Ojalá que sí y que estés con él guapísima. Besos cariñosos para tus hermanitas y para ti.

MARILO RICO y ENCARNUNCHI LLOBARD (Onteniente). — Con mucho gusto os recibo en mi legión de sobrinillas, y en cuanto esté organizada nuestra sección de correspondencia publicaré vuestro anuncio de Madrid. Abrazos cariñosos.

MARIA DOLORES MARTINEZ (Orduña). — Supongo que por nuestro anuncio te habrás enterado de lo que tienes que hacer para que se te remitan los números que desees. Con mucho gusto te recibo entre mis sobrinillas y estaré encantada de ayudarte siempre que lo necesites. Besos cariñosos.

ANGELINES CELORRIO y CHOLITA ALONSO (Burgos). — Con los brazos abiertos os recibo en mi legión de sobrinillas y me alegro mucho vuestro entusiasmo por nuestra revista y por la saladiísima Mariló. ¿Conocéis la nueva hijita? Para los números atrasados, ya os hemos dicho dónde tenéis que dirigirlos: a la Administración, Flor Baja, núm. 5. Cumplo vuestros deseos y aquí tenéis un modelo de traje veraniego (Fig. 7) y un peinado (Fig. 8). ¿Qué os parecen? Muchos abrazos.

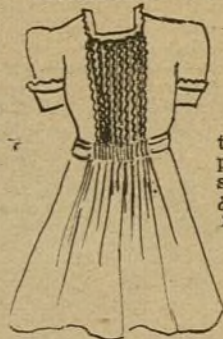


Fig. 7



Fig. 8

CARMEN GUIXE (Barcelona). — Estoy muy contenta de que ya estéis completamente restablecidas de vuestra enfermedad tus hermanitas y tú y de que también tus oídos se vayan curando. ¿Qué te parece el periódico ahora que es más grandecito? ¿Verdad que es encantador? ¿Y la nueva Mariló? No tienes idea de lo sol y guapa que es. No dejes de escribirme, pues ya sabes que os quiero mucho y me gusta saber de vosotras. Besos cariñosos para ti y tus hermanitas.

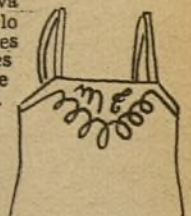


Fig. 9

MARIA TERESA GALBIS (Valencia). — Encantada de que me escribas y de poderte mandar lo que me pides. ¿Te gustan estos dibujitos? (Figs. 9 y 10). Un abrazo con mucho cariño.

NURIA PANT (Barcelona). — Yo no puedo consentir que una sobrinita mía se aburra. Te recomiendo nuestro suplemento "CHIQUITITO", y estoy segura que en él encontraréis toda clase de pasatiempos y diversiones que te harán pasar muy buenos ratos. Prué-

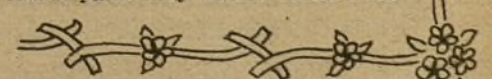


Fig. 10

balo y dime lo que te parece mi receta. Muchos besos.

ISABEL, PILUCA, ANA MARY y ANGELINES (Elgolbar). — Perdonadme, sobrinillas, que no haya podido ayudaros en vuestros deseos. ¡Me hubiera gustado tanto preparar con vosotras una bonita fiesta! Pero no hay más remedio que guardar riguroso turno y sols tantas, tantas... Procuraremos que este año no ocurra lo mismo. ¿Qué os parece esta bolsa de labor? (Fig. 11).

¿Os gusta? Besos cariñosos para las cuatro.

TIA CATALINA



Fig. 11

ANITA DIMINUTA

(CONTINUACION)

por J. Blasco



...PASABA ARRIBA. DESPUÉS DE LLAMAR EN VANO A LA PRINCESA, ME DECIDÍA ENTRAR BRUSCAMENTE EN LA HABITACIÓN. CUANDO ASÍ LO HICE, REINABA EN ELLA EL DESORDEN MAS COMPLETO. CORTINAJES CAÍDOS, EL LECHO DE NUESTRA PRINCESA COMPLETAMENTE DESHECHO... EN FIN, LO QUE MAS ME EXTRAÑO FUE QUE EN LA...



...ESTANCIA, IMPERABA UN OLOR INSOPORTABLE A AZUFRE...
¡DEBE SER COSA DE BRUJAS!



...DEBE SER COSA DE BRUJAS...
...DEBE SER COSA DE BRUJAS
DEBE SER COSA DE BRUJAS



¡ANITA, POBRECITA MÍA!...
¡ENFERMA Y TODO!



¡ANITA!
¡ANITA!



POR FIN LLEGABA A LA CASITA BLANCA DEL BOSQUE. NUESTRO SOLDADO LA ENCONTRARÍA VACIA O CON ANITA DENTRO... ¡QUE TERRIBLE DUDA!

J. Blasco